

Rudolf Steiner

Impulsos sociales y antisociales en el hombre

Partes de la conferencia del 12 de diciembre de 1918,
Obras completas GA 186

[...] En muchas de nuestras consideraciones hemos partido de un hecho básico en el desarrollo de la humanidad: del hecho que este desarrollo se desenvuelve en etapas sucesivas. La etapa cercana más destacable y que nos atañe ahora, ha comenzado, como sabemos, con la gran catástrofe atlántica, tras la cual han pasado cuatro etapas, encontrándonos nosotros en la quinta etapa postatlántica del desarrollo humano.

Esta etapa, que ha comenzado en el siglo XV de nuestra era cristiana, es la que podemos denominar la etapa del alma consciente. Otras fuerzas del alma han sido desarrolladas en otros períodos culturales. En el nuestro, que precisamente es el que ha sucedido a la época greco-latina en la primera mitad del siglo XV, la humanidad ha de desarrollar paulatinamente el alma consciente. En la época anterior, que comenzó en el siglo VIII precristiano y culminó en el siglo XV postcristiano, la humanidad ha desarrollado culturalmente ante todo el alma racional o alma anímica (Gemüt).

No hemos de entretenernos ahora con la caracterización de la etapa del alma consciente, pero habremos de enfocar con atención lo que es característico de nuestra época, que tiene recorrida relativamente pocos siglos. Una época de la humanidad abarca algo más de 2000 años, es decir que todavía queda mucho por absolver en esta época del alma consciente. La tarea de la humanidad civilizada en esta época será la de comprender y abarcar la totalidad del ser humano y “pararlo” sobre sí mismo; llevar a la plena luz de la conciencia una gran parte de aquello que el hombre de otras épocas sentía instintivamente y juzgaba instintivamente.

Coincidirán conmigo que muchas de las dificultades y del caos que se desarrolla a nuestro alrededor y sucede con nosotros, se nos aclara de pronto si comprendemos que ésta es la tarea de nuestra época: *eleva a la conciencia lo instintivo*. Es que lo instintivo sucede como por sí mismo; pero lo que debe suceder conscientemente requiere del hombre que se esfuerce, requiere más que nada que **comience a pensar desde lo más íntimo de su ser**. Y a esto el hombre le esquiva. Es algo que el hombre no hace con agrado: tomar parte conscientemente de la conformación de la situación mundial.

Además, tenemos aquí otro punto sobre el cual existe mucha ilusión, mucho engaño. Los hombres piensan hoy en día: Y bien, vivimos en la época de la evolución del pensar. Se enorgullecen de que hoy se piensa mucho más que antes. Pero, por de

pronto, esto es una equivocación, una ilusión más de las tantas ilusiones en las que vive la humanidad actual. Lo que enorgullece tanto a los hombres, esta capacidad de formar pensamientos, es en gran medida instintivo. Recién cuando lo instintivo, que surgió en la evolución de la humanidad y que hoy se expresa en el orgullo de saber pensar, se active, recién cuando lo intelectual realmente no surja solamente del cerebro sino nazca de todo el hombre, recién cuando lo intelectual no sea más que una parte de la vida espiritual, cuando sea elevado desde lo racional a lo imaginativo, inspirativo e intuitivo, recién entonces podrá desarrollarse poco a poco aquello que pugna por hacerse paso en esta quinta época postatlante del alma consciente.

El hombre se ve confrontado hoy, en los fenómenos que caracterizan a nuestra época cultural, con algo que en cierto modo hasta los dioses más mundanos señalan; aquello que habrá de elevarse a la luz y esclarecerse una y otra vez: la expresión y el auge de lo que denominamos **la cuestión social**.

Sin embargo, aquel que ha ahondado en nuestra ciencia espiritual de orientación antroposófica, llegará con facilidad a la sensación de que lo esencial en la conformación de un orden social, sea éste estatal o de otra índole, lo esencial deberá surgir de todas formas de lo que el hombre desarrolle desde sí mismo, lo que pueda elaborar desde sí mismo en la tarea de poner en regla el trato, la comunicación entre hombre y hombre. Todo lo que desarrolla el ser humano desde su interior, todo lo que puede hacer surgir de sí mismo en el intento de reglamentar la relación entre los hombres, surge evidentemente de ciertos impulsos que se encuentran en nuestra vida anímica y espiritual. Se podría preguntar entonces, ¿no habría que poner la atención sobre las fuerzas sociales que pugnan por salir desde la naturaleza humana?

Dejando de lado el aspecto simplemente animal, démosle a estos estímulos sociales el nombre de *impulso social*. [...] Tendremos que tener en cuenta que no habrá de pensarse en una propulsión inconsciente o instintiva, sino que, cuando hablamos de impulsos sociales, queremos decir: **nos encontramos en la época del alma consciente, y es este el impulso que quiere surgir a la conciencia.**

Ahora bien, si se trata de hacer valer algo así como: existen impulsos sociales, y éstos pugnan por realizarse, [...] se le contrapone la terrible unilateralidad tan característica de nuestra época, que no deberíamos lamentar, sino mirar con serenidad porque debe ser superada. El hombre de nuestra época tiende en gran manera a ver todas las cosas desde un solo lado. Esto es como si uno quisiera dejar valer en un péndulo nada más que la oscilación hacia un lado y no considerara nunca que el péndulo simplemente no puede batir desde el punto medio hacia *un* solo lado sin hacerlo hacia el otro también. Tan poco como un péndulo puede oscilar hacia un solo lado, así tampoco se pueden exteriorizar los impulsos sociales del hombre hacia un solo lado.

A estos impulsos sociales de la naturaleza humana se le contraponen con toda naturalidad, precisamente por la naturaleza humana, los impulsos antisociales. Y del mismo modo como existen en la naturaleza humana los impulsos sociales, existen también los impulsos antisociales. Esto debe ser tenido muy en cuenta, puesto que existen agitadores y líderes sociales que se entregan a la gran ilusión de que no hay más que difundir alguna ideología cualquiera o reunir alguna clase social dispuesta a cultivar impulsos sociales, siempre que sean ideales.

Y bien, es una ilusión proceder de este modo, porque no se cuenta con que, precisamente así como están presentes los impulsos sociales, también se harán valer los impulsos antisociales. De lo que se trata hoy en día es de mirar estas cosas sin ilusión, y esto solamente se puede hacer desde el punto de vista de una observación de la ciencia espiritual. [...]

Debemos preguntarnos ahora: ¿qué sucede entonces en el trato entre hombre y hombre en relación a los impulsos sociales y antisociales? Es que una interacción entre hombre y hombre es, en cuanto a su naturaleza real, algo muy complicado. Tendremos que mirarlo más de cerca y, quisiera decir, desde su raíz.

Una interacción entre hombre y hombre tiene matices muy diferenciados según las distintas condiciones en que se da, pero tendremos que fijarnos en las características que tienen en común. Nos debemos preguntar: ¿qué es lo que sucede allí, en la realidad total, no solamente en lo que se muestra a la apreciación exterior de los sentidos? ¿Qué sucede en el aspecto verdadero cuando un hombre se encuentra con otro?

Sucede algo muy importante, puesto que actúa una cierta fuerza desde un hombre al otro. El solo hecho de encontrarse un hombre con otro significa ya que comienza a actuar una fuerza de uno al otro. No podemos entablar relaciones con otro ser humano en forma indiferente, ni siquiera en meros pensamientos o sentimientos, ni siquiera si nos encontramos físicamente alejados. De cualquier forma que nos hemos de ocupar de otro ser humano, en cualquier relación que hemos de emprender, estará actuando una fuerza de un ser humano a otro. Es justamente **esto lo que subyace a la vida social**. Es aquello que, cuando se ramifica y se entrelaza, hace de fundamento a la estructura social de los hombres.

Este fenómeno se percibe en su forma más pura en el contacto directo entre una persona y otra: la impresión que una persona causa sobre la otra produce en ésta una tendencia al adormecimiento. Es una constante en la vida social, que una persona es adormecida por otra con la cual entra en contacto. Un físico diría que en el intercambio social existe constantemente una tendencia latente a que una persona adormezca a la otra.

¿Por qué esto es así? Es que se basa en una importante disposición de la totalidad del ser humano. Se fundamenta en que, en realidad, lo que denominamos

impulsos sociales sólo se pueden desarrollar en el alma humana, en su actual estado de conciencia, cuando el ser humano duerme. Usted está permeado por impulsos sociales solamente cuando duerme – siempre que no acceda a la clarividencia. Y sólo lo que del sueño persiste en su efecto en la vigilia, actúa en la vida diurna como impulso social. Si usted sabe esto, no se ha de extrañar que la entelequia social lo quiere adormecer mediante la relación de hombre a hombre.

En la relación entre un ser humano y otro debe desarrollarse el impulso social; éste sólo puede desarrollarse en el sueño; por ello surge la tendencia en la relación entre los seres humanos que una persona adormece a otra con el propósito de lograr una relación en lo social. Esto es un hecho, aunque muy extraño, pero que se le presenta al observador de la realidad de la vida. Nuestro intercambio humano consiste en que es adormecida en ese trato más que nada nuestra capacidad imaginativa, con el fin de instalar el impulso social entre un ser humano y otro.

Pero por supuesto, ustedes no pueden pasearse por la vida durmiendo. La tendencia de construir impulsos sociales ya existe, y se expresa en que usted realmente debería tener un constante deseo de dormir. Estas cosas que comento ahora, suceden, por de pronto, en el inconsciente, pero no por ello son menos reales; impregnan constantemente nuestra vida. Entonces tenemos que existe una constante tendencia a dormirse, precisamente para construir una estructura social en la humanidad.

Pero hay otra cosa que actúa en contraposición a ello: una constante resistencia, una constante rebelión de las personas contra esta tendencia – cuando no duermen. Por lo tanto, usted se encuentra, cuando entra en relación con otro ser humano, en el siguiente conflicto: por el hecho de verse usted frente a otro, se desenvuelve en su interior la tendencia a dormir, a vivenciar en sueños la relación con el otro; pero como usted no puede darse al sueño, no puede sumergirse en el sueño, siente que se activa al mismo tiempo en su interior la fuerza contraria, el deseo de mantenerse despierto. Es esto lo que siempre sucede en el trato entre hombre y hombre: tendencia a dormirse, tendencia a mantenerse despierto.

Pero la tendencia a mantenerse despierto es, en este caso, antisocial; es la afirmación de la propia individualidad, el sostenimiento de la personalidad propia frente a la estructura social de la sociedad. **Simplemente por ser hombres entre hombres, nuestra vida anímica oscila en constante movimiento pendular entre lo social y lo antisocial.** Y aquello que vive en nosotros como dos tendencias, lo que ocurre entre una persona y otra cuando se observa de manera oculta, lo que sucede entre hombre y hombre cuando se encuentran, aquello es lo que domina nuestra vida.

Cuando buscamos normativas – por más que éstas se alejen mucho todavía de la realidad, a pesar de la actual conciencia tan inteligente – éstas no dejan de ser expresión del intercambio pendular entre impulsos sociales y antisociales. Los

economistas pueden deliberar sobre el capital, el interés y todo lo demás, pero estas cosas que se erigen en leyes del intercambio social, son simplemente oscilaciones del péndulo de estos dos impulsos, del impulso social y del antisocial.

Veán ustedes, en estas cosas tendría que pensar quien quisiera atar cabos en forma científica real, quien busque encontrar medios terapéuticos para nuestro tiempo. Puesto que, ¿cómo es que en nuestra época se postulan exigencias sociales? Justamente porque vivimos en la época del alma consciente, en la que el hombre debe pararse sobre sí mismo. ¿De qué depende esto? El ser humano no puede prescindir de afirmarse para alcanzar su meta en esta quinta época cultural, no puede prescindir de hacerse valer y no dejarse adormecer. Exactamente por encontrarse en el tiempo actual necesita desarrollar los impulsos antisociales. Y no podría lograr el hombre las metas de nuestra época, si no fueran precisamente los impulsos antisociales los que crecieran más y más en intensidad, por medio de los cuales el hombre se para sobre el ápice de su propia personalidad.

La humanidad hoy en día no tiene la menor idea de la magnitud con que estos impulsos antisociales se han de desarrollar hasta los comienzos del tercer milenio. Precisamente para que el hombre pueda culminar en su crecimiento deben ser desarrollados los impulsos antisociales. En tiempos anteriores, el desarrollo de los impulsos sociales no era la meta y la tarea espiritual en la evolución de la humanidad. Por ello tampoco había que ponerles un contrapeso, y éste no existía.

Pero en nuestra época, en la que el hombre tiene que desarrollar los impulsos antisociales por necesidad propia, por salvaguardar su propia individualidad – y este desarrollo ya sucede, puesto que el hombre está supeditado a la evolución de la humanidad a la que no se puede sustraer –, debe sobrevenir aquello que consiste en que el hombre ahora le contraponga a los impulsos antisociales: **una estructura social de tal índole que pueda equilibrar esa tendencia evolutiva.** En el interior del hombre deben actuar los impulsos antisociales para que el hombre alcance la altura de su evolución; **afuera, en la vida social, deben actuar las estructuras sociales como para que el hombre no lo pierda al hombre en el contexto de su vida.** ¡Por ello las exigencias sociales en nuestro tiempo! La exigencia social en nuestra época no es prácticamente otra cosa que el contrapeso necesario para equilibrar la tendencia evolutiva interior de la humanidad.

N. del T.: los realces en negrita corren por cuenta del traductor.

Traducción: Rosa Körte